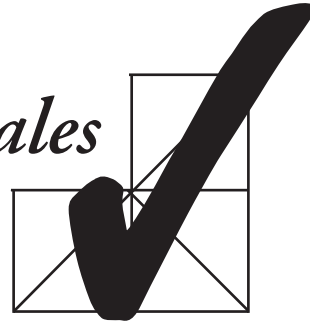
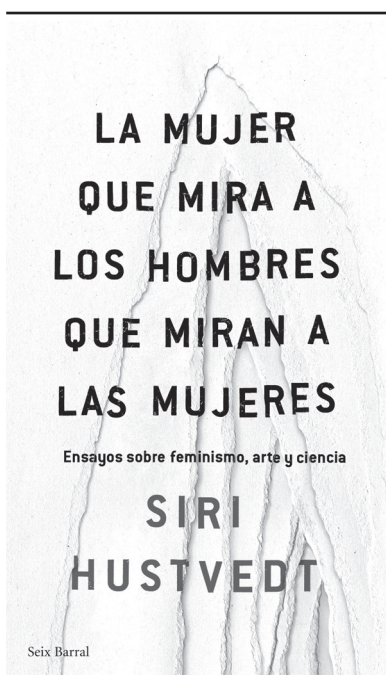


Lecturas y señales



**La mujer que mira a los hombres
que miran a las mujeres.
Ensayos sobre feminismo, arte y ciencia**

Daniel Matusevich



Autora: Siri Hustvedt
Seix Barral, 2017

En nuestra sección habitual nuevamente nos ocuparemos del libro de una escritora mujer y feminista, en este caso Siri Hustvedt, nativa de Minnesota, y por adopción, de Brooklyn. Nuestra autora se declaró feminista porque considera que este movimiento “puede abrir las puertas y liberar a los hombres y a las mujeres para que ambos exploren sus aspectos masculinos y femeninos”. Declaración que sin duda provocará resonancias en los hábitos de esta sección, ya acostumbrados a leer reseñas que tomen en cuenta al feminismo en todas sus acepciones.

Esta exploración está presente en *La mujer que mira a los hombres que miran a las mujeres* a través de veinte ensayos en los que indaga temas absolutamente disímiles, más allá de que en todos está presente la manera de ser hombre y de ser mujer así como sus múltiples posibilidades. La identidad femenina y masculina nunca está dada por descontada en la obra de Hustvedt, eso hace que la lectura de su obra siempre depare sorpresas y puntos de

vista límites; esto quiere decir que nuestro improbable lector deberá navegar estas páginas atento y receptivo, ya que de otra manera pasara de largo frente a reflexiones en las que vale la pena detenerse y pasar un tiempo.

Reputada ensayista y conferencista, es habitual columnista del New York Times y fue finalista del premio Booker con su novela *El mundo deslumbrante*; vale la pena remarcar que el recorrido propuesto en referencia a la cuestión de género es mucho más profundo que en el ensayo de Chimamanda Adichie que comentamos en estas páginas; aquí las referencias a autores y obras son la regla, dando lugar a un texto que requiere de un compromiso mucho más intelectual que emocional para captar sus sutilezas. Las emparenta la militancia y, quizás, las diferencie el enfoque y el público al que están dirigidos ambos textos.

La propia autora cuando habla acerca de la cuestión plantea que "(...) vi a un sinnúmero de mujeres pedir perdón por ser quienes eran (...) tenemos la tendencia a no poder ver en una mujer la autoridad, la hostilidad hacia una mujer agresiva va a ser siempre mayor que hacia un hombre agresivo (...) estamos acostumbrados a sexualizar absolutamente todo, le ponemos género a cualquier tipo de disciplina o manera de ser y esto es algo que interfiere con la libertad de lo que significa ser humano".

Esta reflexión es retomada en el ensayo "El perro globo", en el cual la autora se interroga acerca de porqué la obra artística de los hombres es más cara que la de las mujeres, a pesar de que en el mundo del arte hay muchas mujeres al frente de algunas de las galerías más importantes y ellas también tienden a exponer sobre todo a artistas masculinos (en los últimos diez años cerca del 80% de todas las exposiciones de Nueva York han sido de hombres). Hustvedt plantea que "...el estigma de lo femenino y sus innumerables asociaciones metafóricas afecta a todo el arte. Pequeño, suave débil emocional, sensible, doméstico y pasivo se oponen a las cualidades masculinas grande, duro, fuerte, cerebral, resistente, público y agresivo. Muchos hombres tienen las primeras y muchas mujeres, las segundas, aunque la mayoría somos una mezcla de ambos". En este ensayo y en el que da título al libro queda claramente determinado que los atributos asociados a ambos sexos están determinados culturalmente y muchas veces registrados de una manera subliminal y no consciente, denigrando mucho más a las mujeres que a los hombres.

Esta colección fue escrita entre 2011 y 2015, desplegando un amplio conocimiento de temas en apariencia disímiles; las obras pictóricas de Koons, Rothko y Picasso, la literatura de Sontag, de Knausgaard y de Percec, la psiquiatría de Kraepelin y de Griesinger, el psicoanálisis de Freud, Almodovar, Wenders y Pina Bausch son solo algunos de los temas y autores abordados en las más de cuatrocientas páginas que la componen. Es verdad que en algunas ocasiones el estilo puede hacerse farragoso, que pierde volumen en la comparación con Oliver Sacks (quien no) o que no siempre los temas abordados mantienen el mismo interés, pero, más allá de esto, la autora ha forjado un estilo propio que la emparenta con otros escritores ensayistas como Franzen, Foster Wallace o Smith capaces de escribir sobre los temas más variados (Roger Federer, el psicoanálisis, los pingüinos, el Alzheimer, el festival de la langosta en Maine, los viajes en cruceros o el mundo del porno) sin perder personalidad y amalgamando influencias que a simple vista parecen imposibles de sintetizar.

Nos parece que un poco por encima de todos los ensayos se ubica la reflexión acerca de Susan Sontag y los modos de escribir ficción, una pequeña joya en la que vale la pena detenerse: "(...) para qué sirve la ficción? ¿Es desfasado hoy día sostener con Sontag que la literatura tiene el poder de cambiar a una persona para siempre, de provocar en ella otro modo de pensar? ¿Por qué algunos libros continúan siendo interesantes después de cientos de años y otros desaparecen en menos de una década o una temporada?". La teoría acerca del cambio que pueden llegar a producir ciertas lecturas se relaciona con el trabajo que desarrolló Hustvedt como profesora de escritura creativa para pacientes psiquiátricos hospitalizados en la Clínica Payne Whitney de Nueva York; la experiencia subjetiva de aquellos que escriben o leen es hoy un elemento clave para pensar diferentes modelos de tratamientos psicoterapéuticos basados en el efecto que producen las historias en la vida de las personas. El capítulo "El Yo escribiente y el paciente psiquiátrico" es un aporte significativo a esta cuestión, detallando ideas en torno a la calidad de las historias que escriben los médicos y a la imposibilidad de eliminar la subjetividad a la hora de construir los relatos de los pacientes: "(...) debe y tiene que haber una literatura médica paralela en la que aparezca cada caso detalladamente descrito, ya sea por el paciente o por su médico, preferiblemente ambos".

"También estoy muy unida a dos parejas que han perdido un hijo por suicidio. Uno estaba en plena adolescencia, el otro ya era adulto. Estas muertes causaron a los padres un gran sufrimiento, una desdicha tan profunda que resulta difícil comprender de dónde sacaron fuerzas para seguir adelante. Encontraron esa fortaleza, pero seguir adelante no es lo mismo que 'superarlo' o 'cerrar el proceso de duelo', esas horribles expresiones que a menudo se emplean en los casos de muertes atroces. Las heridas perduran." ■